

El servicio voluntario, la mejor defensa del consumidor.

por Jesús María Silveyra

¿Quién no conoce una ONG, un hospital, una iglesia, un comedor solidario o una Sociedad de Fomento donde pueda prestar un servicio voluntario? Creo que hoy, la posibilidad de servir al prójimo está al alcance de todos, a la vuelta de la esquina. El asunto es querer hacerlo. Porque una cosa es realizar un trabajo remunerado y, otra, un servicio gratuito que nos demandará tiempo y espacio. Tiempo en el cronómetro de la vida y espacio en el corazón.

En este sentido, los jóvenes pareciera que están más predispuestos que los adultos, quizá porque tienen menos obligaciones o porque a esa altura de la vida, resulta más fácil conservar un lugar para la utopía y las acciones filantrópicas. “Servir” es un acto de amor como les dijo Jesucristo a sus discípulos en la última Cena y, en cierta forma, también es un acto de alegre rebeldía contra un mundo en donde casi todo pasa por el consumo y la falta de tiempo para generar riqueza a fin de satisfacer las necesidades y deseos crecientes que nos han ido generando. Hoy, por ejemplo, no basta con poder comunicarnos, debemos hacerlo con la tecnología puesta a nuestro alcance, caso contrario: “no somos”. Por lo tanto, para “ser”, debemos “tener” y la necesidad de consumir se vuelve más alta que la de servir. Estamos dispuestos a servir en la medida que nos sobre el tiempo para hacerlo y que el servicio que realicemos no nos desacomode la existencia, ni nos produzca efectos colaterales en el corazón, no sea cosa que “revolucione” nuestra vida y perdamos el rumbo correcto del buen consumidor.

Sin embargo, basta con cambiar de actitud para darnos cuenta que el “servir” se presenta como una posibilidad de enriquecernos la vida en todo sentido. Porque al entrar en contacto con las necesidades de los “otros”, aplacaremos nuestras ansias desmedidas de consumo por efecto comparativo. Además, porque al servir, estaremos dando y recibiendo amor que, en definitiva, es lo que nos fortifica la vida, ya que si no amamos ni somos amados, de nada nos sirve lo que “tengamos”. Sirviendo, consumiremos el tiempo libre de otra manera y nuestros deseos se irán ordenando hacia un fin más gozoso, que nos saque del individualismo extremo de pensar únicamente en nosotros mismos o, a lo sumo, en nuestro círculo familiar más próximo.

Creo que tenemos una posibilidad cierta de darle un nuevo rumbo a nuestra vida a través del servicio voluntario. Basta con probarlo. Empezando de a poco, pero dejándonos

“abordar” por el otro, a quien estemos dispuestos a servir. No importa el tamaño de lo que hagamos sino que lo hagamos con mucho amor y esperanza.

“Desperté y vi que la vida era servicio; serví y vi que el servicio era alegría”, decía el gran escritor de la India, Rabindranath Tagore. Cada vez que contemplo el rostro de la Madre Teresa de Calcuta, me doy cuenta cuánta razón tenía.